DIOS INTERROGADO Y ESCUCHADO: LA POESÍA DE MARÍA ELVIRA LACACI Y CONCHA ZARDOYA

Antonio Barnés
Universidad Complutense de Madrid

Las antologías de Leopoldo de Luis (Alfaguara, 1969) y Ernestina de Champourcin (BAC, 1970-1972) ofrecen un panorama amplio sobre la presencia explícita de Dios en la lírica hispánica de los dos primeros tercios del siglo XX. Leopoldo de Luis antologó a treinta y ocho poetas españoles que habían publicado en castellano desde el final de la Guerra Civil. Champourcin, en cambio, reunió a poetas de todo el siglo XX, españoles e hispanoamericanos, y de las cuatro lenguas peninsulares.

El momento histórico de la publicación de estas antologías, la transición de la década de los 60 a la de los 70, es relevante. La confesionalidad católica del régimen imperante entonces, el franquista, se contrapesaba con el progresivo desafecto de parte de la clerecía hacia el régimen; y la renovación y esperanza que había aportado el concilio Vaticano II contrastaba con la confusión, la contestación y las secularizaciones que se producían durante esos años en el seno de la propia Iglesia católica.

De los tres ámbitos de secularización definidos por Charles Taylor en *La era secular:* la retirada de la religión de los espacios públicos; el retroceso de las creencias y prácticas religiosas entre la población; y el estado problemático de la creencia, este último es el más pertinente en este trabajo. De una parte, podría recordarse que la desaparición de Estados y partidos confesionales (en Occidente) no impide la existencia de personas *confesionales*. Así sucedió en el cristianismo primitivo hasta Constantino y, sobre todo, hasta Teodosio. En segundo lugar, como desarrolla Kuipers (2016) a partir del concepto *cross-pressured* de Taylor, la secularización no anula el influjo de las tradiciones religiosas que han configurado el mundo occidental desde hace dos milenios. Finalmente, la poesía lírica, campo de nuestro estudio, es un espacio privilegiado para escuchar una voz auténtica, rasgo este de la autenticidad destacado por Taylor como signo de nuestro tiempo. Todo texto literario es ficcional, pero es en la lírica donde el autor, si lo desea, puede alzar su voz con menos máscaras, aunque solo sea, y la razón no es baladí, porque se trata del género literario menos venal, y por tanto con menos necesidad de satisfacer a un público. La voz en primera persona de la poesía lírica facilita esa índole más individual, frente al narrador, a menudo en tercera persona, de la narrativa o frente al diálogo dramático entre personajes. La lírica es, a nuestro juicio, un género privilegiado para examinar la creencia en Dios y su rango: adhesión, duda, rebeldía… Autenticidad decididamente impulsada por el Romanticismo, que al exaltar el yo y la originalidad rebajó el peso de las tradiciones literarias y su lenguaje formalizado.

En la introducción de su antología, Leopoldo de Luis traza un panorama de la poesía religiosa española, en cuya primera etapa destacan tres *astros*: Unamuno, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, autores tocados de krausismo y modernismo (teológico) y por tanto escorados hacia la heterodoxia. A continuación, de Luis establece un segundo momento, la generación del 27, en que las preocupaciones estéticas dejan menos peso a lo religioso; y finalmente describe una tercera y última fase: las generaciones del 36 y de la posguerra, en las que lo religioso vuelve a surgir con fuerza desde sensibilidades muy diferentes. A esta última etapa pertenecen los treinta y ocho autores antologados.

El espectro de lo divino o lo religioso en la lírica es más amplio que el que pueden reflejar un estudio sociológico o una encuesta, pues no solo es significativa la presencia

sino también la ausencia, aparte de que conceptos colindantes con lo divino son capaces de expresar una búsqueda. Lo explica Ernestina de Champourcin:

> La prueba de que no se trata de algo ligero, trivial, sin trascendencia, reside en que muchos líricos, incluso algunos no creyentes, escépticos o ateos, dejan asomar de vez en cuando en sus obras, en forma más o menos velada o vergonzante, la idea de eternidad, de permanencia del espíritu, de esencia divina. Los poetas primitivos no reprimían su inspiración instintiva —no se habían inventado aún los traumas y los complejos— y el sentimiento de lo sagrado; el temor y el amor hacia lo absoluto, bien pronto presentido, se expresaban sin trabas en sus obras. […] El título de Dios en la poesía moderna me ha parecido mucho más expresivo. Abarca lo mismo la presencia del ser divino en la poesía que su ausencia, la cual es en muchos casos otro modo de estar de Dios, aunque se nos antoje negativo. (Champourcín: 1970, 5, 14)

Abordamos en este trabajo los poemas de las únicas autoras coincidentes en ambas antologías: María Elvira Lacaci y Concha Zardoya, quienes, además, representan dos actitudes paradigmáticas ante Dios: Lacaci es creyente y Zardoya agnóstica. Ambas escriben poesía de corte místico, lo que, en el caso de Zardoya, suscita particular interés por su condición de no creyente. Champourcin, que incluyó a dieciocho autoras en su antología, al advertir que de Luis había seleccionado exclusivamente a estas dos mujeres, añade un motivo para emparejar a ambas escritoras: son "de las que con más originalidad han expresado sus vivencias en cuanto a lo religioso". (1972: 14)

Apuntes biográficos

María Elvira Lacaci nació en Ferrol (La Coruña) en 1928 y falleció en Madrid el 9 de marzo de 1997. Fue la primera mujer que obtuvo el premio Adonais de poesía en 1956 con *Voz humana.* En 1964 recibió el de la Crítica, por *Al este de la ciudad.* Se declara dentro de la poesía social que nace del amor hacia el hombre, con independencia de su adscripción a un credo religioso determinado. Su obra no es muy extensa, pero sí de gran calado poético y se decanta entre la poesía de tono social y la de tema religioso (Porro Herrera).

La poetisa y crítica literaria María Concepción Zardoya González nació en Valparaíso (Chile), el 14 de noviembre de 1914 y murió en Majadahonda (Madrid), el 22 de abril de 2004. Hija de españoles, llega a los diecisiete años a España porque sus padres habían sentido "la llamada" de la nueva República. En 1946 publicó su primer libro poético. Las experiencias de la guerra y la posguerra están recogidas en los primeros poemas publicados en la revista *Hora de España* y en muchos libros posteriores *(Pájaros del Nuevo Mundo; Dominio del llanto, Corral de vivos y muertos).* De esta primera época, data su amistad con Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Miguel Hernández. A lo largo de los años, perduró su relación con Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Rafael Alberti, Jorge Guillén y con sus compañeros de generación, Gabriel Celaya, José Hierro o Leopoldo de Luis. De 1948 a 1977 se autoexilió a los Estados Unidos, e impartió clases en diversas universidades (Illinois, Tulane, California, Yale, Indiana y Boston). Desde su regreso de los Estados Unidos, en 1977, vivió apartada, con sencillez y humildad, de los círculos literarios, y eligió una vida en la sombra, aunque siempre recibió con entusiasmo los muchos premios otorgados —el Boscán (1955), el Fémina (1975), el Café Marfil (1980), el Ópera Óptima (1983), el de Poesía Prometeo (1988) y el Francisco de Quevedo (2000)—, y homenajes, como el de Majadahonda que dio su nombre a la biblioteca municipal (1997) o el de la Asociación Prometeo de Poesía (Rodríguez Pequeño).

Poéticas

Entrando ya en las poéticas de ambas autoras, Champourcin incluye a Lacaci entre las poetas *de lo cotidiano*:

> Dos mujeres, Gloria Fuertes y María Elvira Lacaci, son tal vez, entre todos estos poetas, las que hacen una poesía más de estos tiempos, una poesía que puede sonar prosaica, pero que, sin embargo, lleva consigo un fondo de fe y de ternura. Un secreto convencimiento de que las cosas que cantan no podrían ser cantadas sin Dios. (Champourcin, 1972: 24)

Nótese la naturalidad con que Champourcín no encuentra anacrónica la forma poética de Lacaci al tiempo que subraya la fe de la poética. ¿Estamos ante un caso de *cross-pressured*, de cruce de influencias? Buena parte de la población española será católica. ¿Es eso una anomalía histórica en el secularizado siglo XX, o más bien la teoría de la secularización es menos pertinente en países de acendrada tradición católica? En Concha Zardoya, Ernestina encuentra

> […] la forma tradicional en donde la entrega a Dios se hace sin esfuerzos, amorosamente y con un deseo de elevación cada vez mayor. Aunque la autora confiese que su fe es más bien ascesis y autodisciplina, un misticismo que procede del Siglo de Oro ronda sus poemas (Champourcin, 1972: 22).

Afortunadamente, contamos que el testimonio de las propias autoras acerca de la presencia de Dios en su lírica, gracias a que Leopoldo de Luis decidió interrogar a cada poeta de su antología sobre esta cuestión. Lacaci explica así su poética:

> A mi modo de ver, la poesía religiosa recoge las inquietudes de quien siente demasiado pequeña la capacidad de entrega y de comprensión de los seres humanos, y sobre todo su fragilidad y hasta su miseria. […] La religión en mí (yo soy mi poesía), es una necesidad tan intensa y vital como el aire que respiro. […] El Evangelio leído y meditado largamente, fue forjando dentro de mi alma la figura de Dios, Dios hecho hombre, así más asequible a mí, tan humana y sedienta de naturaleza de lo divino. Mi sensibilidad se fue curtiendo con todas sus enseñanzas, las que fue haciendo como sangre dentro de mis venas, pero en realidad cuando de verdad llegué a encontrar a Dios conformado a mis propias necesidades, fue ante el dolor y la soledad de mi vida, en la lucha con los días amargos, ante lo caduco de los sentimientos de mis semejantes, y sobre todo ante el convencimiento de mi impotencia frente a los graves peligros que encierra la gran ciudad. (Luis, 1969: 555-556)

Es significativa la hostilidad hacia lo religioso que María Elvira Lacaci percibe en la ciudad y, al tiempo, las medidas que toma -la meditación del Evangelio- para que la llama de su fe no se apaga. Más allá de los cambios estructurales, la poetisa demuestra que la libertad personal puede sobreponerse al ocaso de lo religioso en la sociedad urbana del siglo XX. Esa soledad en la urbe que a unos puede alejarle de Dios, a Lacaci le impulsa a acercarse a Él. Por su parte, Concha Zardoya confiesa:

> Mi relación con Él —¿mayúscula? ¿minúscula?— no es confesional ni a través de la plegaria. Más bien se relaciona con un largo proceso de autodisciplina estoica, de teología existencial, de axiología interior (Luis, 1969: 115).

A diferencia de Lacaci, Zardoya se define como no confesional. Aun así, posee libertad para recorrer un camino que en cierto modo converge con la fe aunque no llegue

de modo plena a ella. Tras relatar su itinerario espiritual, la poetisa cree en el poder del amor, y explica la índole de su escritura:

> […] me esfuerzo en escribir una poesía arraigada, sí, en la realidad y en la vida, pero también de inclinación o signo trascendente. Si al Amor y a la Justicia se les llama Dios, entonces creo en Dios. Si al contemplar y al sentir con fervor la Naturaleza y los objetos se le llama misticismo, entonces mis poemas líricos son místicos. Y lo son aquellos en que este fervor ha sido absorbido y transformado en una experiencia social. Si todo esto es una comunión con Dios, a través de todo lo creado, comulgo en tal experiencia, considérese o no religiosa. ¿Misticismo poético? ¿Misticismo profano? ¿Panteísmo? ¿Teísmo? ¿Deísmo? ¿Fusión de las entidades? ¿Empatía cósmica? No lo sé (Luis, 1969: 117-118).

Vemos igualmente que Zardoya, aun agnóstica, no rechaza el influjo de diversas corrientes teístas.

Lacaci dialoga con Dios

Leopoldo de Luis selecciona cinco poemas de Lacaci: "La voz", "En el tranvía", "Dime", "A grito abierto" y "Te veo tanto"; y Ernestina elije cuatro: "La cuchilla", "En el jardincillo", "Dios soñado" y "Las cosas viejas". La relación de María Elvira Lacaci con Dios se escapa de cualquier análisis sociológico, porque es íntima, personal. Su poesía relata sus diálogos silenciosos con Él: a veces con respuesta, otras sin ella, y otras, al fin, solo pretenden la confidencia. Lacaci se desenvuelve en un ámbito urbano: el tranvía, la calle, el metro, la iglesia o la casa en la ciudad. El fárrago del mundo no es obstáculo para su encuentro con Dios. El tiempo es vagaroso, el espacio es mínimo. Su relación es existencial, una existencia encarnada, con dolores físicos y espirituales. Todos los sentimientos adversos están presentes: duda, miedo, zozobra, indignación. Y desde ellos clama a Dios. Su poesía es salmódica, su verso grita a Dios. A veces obtiene respuesta y, con ella, la paz. Otras veces lanza un grito o una confidencia que queda flotando en el aire, pero siempre se siente escuchada por Dios, aunque no siempre respondida. ¿Secularización? Su voz poética se sitúa al margen del devenir de la historia, del devenir de la Iglesia. Está ella y Dios. Es una relación, si queremos, mística. Como han podido y pueden mantenerla infinidad de personas. La única referencia a una presencia visible de Dios en la sociedad es la de un templo en el que entra, pero que, curiosamente, no constituirá el espacio en el que reciba el consuelo divino (en este caso de manos de la Virgen), que será la calle.

Ahora bien, aunque no haya debate social en los versos de Lacaci, sí hay respuestas a las objeciones que tradicionalmente y más la modernidad secular plantean a Dios. Un poema desgarrador: "En el tranvía" (Luis, 1969: 562) expresa la agonía que experimenta mientras circula en el vehículo y el encuentro con Dios que se produce. Oye en su interior: "Quiero probar tu fe". El Dios con quien se encuentra es bueno:

> que el Señor era humano.
> Que sentía piedad hacia los hombres.
> Que no era un espectáculo
> de circo, a sus ojos
> divinos, nuestro desgarro humano.
> Que en su mano punzante
> no había crueldad hacia nosotros.

“Dime” es una oración de súplica a Dios para superar las tentaciones del agnosticismo o del ateísmo que conducen a pensar que Dios está hecho a la medida del hombre, que es invento humano, un sueño, un ser alejado de nosotros, sin entrañas de misericordia… Estas tentaciones se definen en el poema como “sonido extraño” que “atormenta”. La fe de Lacaci no es estanque apacible, es lago tumultuoso donde hay que remar esforzadamente. Otro poema, “A grito abierto”, plantea la gran cuestión de la injusticia humana y la inacción de Dios. La rebelión se expresa por una metáfora lograda: “un alarido / sobre la noche de tu gran silencio”, pero tras una suave intervención divina “se sosegó mi aliento enardecido”. En “Te veo tanto” Lacaci suplica a Dios que modere su presencia, que le abruma al aflorar en todas las cosas, aun las más pequeñas.

Se observa una gradación. De un conflicto ordinario de convivencia se pasa a una agonía existencial, y de esta a problemas intelectuales: dudas de fe e incomprensión de la injusticia. Finalmente, aparece la inundación mística del alma como premio divino a una perseverancia en el diálogo ininterrumpido que la poeta mantiene.

Un Dios omnipresente y silencioso

Leopoldo de Luis escoge seis poemas de Concha Zardoya: “Solo el aire, Señor”, “A Cristo”, “Era una tarde gris”, “La hermosura sencilla”, “Ciudad soñada” y “Si al silencio llegaras”. Champourcin publica cuatro composiciones: “La hermosura sencilla”, “Subida a la montaña”, “¡Más alto!” y “Aquel secreto valle”. Vale la pena transcribir el poema coincidente en ambas antologías:

LA HERMOSURA SENCILLA

Tus pasos de silencio nadie oye, / ni el aire de tu aliento por el mundo, / aunque las puertas abres con un signo / en la noche lustral de ciertos sueños. / No escuchan cómo avanzas por el humo, / desvanecido gris de lenta escoria / que en brazos de los cielos se disuelve. / No saben que Tú fluyes como el Tiempo. / Azulada tu sombra, a veces, surte / de los árboles bellos, de las flores, / exhalando un aroma delicado, / un perfume ya joven o vetusto. / A las cosas humildes tu presencia / incorpora beldad y mansedumbre, / sin pronunciar un nombre altivamente, / sin preguntar por qué se decoloran. / Si Tú no fueras aire, las campanas / no sabrían sonar. ¿Cómo podrían? / Si Tú no fueras luz, ¿cómo los vidrios / sabrían imitar la transparencia? / No estás sólo en los templos, Corzo vivo. / También en las fontanas y en los bosques, / en las disueltas sangres de los lagos, / en los puros espacios de las almas. / Inmenso resplandor y pura música, / te llegas a los hombres en silencio. / A las entrañas llegas de la madre / y al vagido del niño más desnudo. / Nadie sabe que pasas con el viento / y que a veces nos cierras las ventanas / o las abres al soplo de la brisa, / fiel trasunto de Ti o sólo huella. / Por cópulas y besos vas poniendo / ígnea marca de amor, de luz, de muerte. / Y tu viajar interno por las rocas, / las antiguas raíces y los pájaros, / nadie, Señor, presiente, nadie sabe.

A diferencia de Lacaci, que se sitúa en el aquí y ahora de la urbe, los poemas de Zardoya se ubican en un plano simbólico, para el que la naturaleza es más adecuada. La única ciudad que aparece es la soñada del paraíso. “La hermosura sencilla” carece de espacio o tiempo determinado, pero abundan ambientes naturales: fontanas, bosques, lagos, rocas… En otro poema, “Sólo el aire”, la poetisa se encuentra sola en el mundo, rodeada de aire, y distanciada de las nubes en que se encuentra Dios. Soledad existencial en ambiente rural: frutas, senderos, astros… En “A Cristo” Zardoya se describe con metáforas vegetales -“soy un trébol amargo”- o animales -“pozo de hormiga o de abejas”-. El poema “Era una tarde gris” describe el encuentro con Dios, sin paisaje concreto.

Plenamente simbólico, la luz protagoniza estos versos. “Si al silencio llegaras” es poema de oración mística en que Concha Zardoya pide un castillo a Dios. “Subida a la montaña” emplea una metáfora esencial a la experiencia mística. Dios y la voz poética en una naturaleza desnuda, alejados de las ciudades. Y como Abraham, la poetisa sube con un niño (¿sus versos?) para ofrecerlo a Dios. “¡Más alto!” es anhelo místico, ya incluso sin tierra bajo los pies. El último poema recopilado es “Aquel secreto valle”, con el subtítulo “Elegía a San Juan de la Cruz”. No se atiene a estrofas regulares, pero la alternancia de heptasílabos y endecasílabos transmite un aire clásico, y recuerda a la lira. Es el secreto valle “de Dios” que “fluyó su leche y su miel más dulce”, promesas bíblicas para la Tierra prometida. “Sin temor, dice la poeta a San Juan, en el pecho de Dios Padre te sumes ya por siempre”. Ese sintagma, “pecho de Dios”, lo encontramos en San Juan de la Cruz, Fray Luis de León o Lope de Vega.

La ciudad secularizada se posiciona ante lo religioso, pero sus habitantes no están determinados por ese posicionamiento. Concha Zardoya puede huir desde su poesía a otros espacios, otras ciudades y allí interrogar a un dios silencioso.

Harvey Cox asegura que el hombre secular es irreligioso, y cifra en la ciudad el espacio central de esa secularización. Pero es una generalización indebida. María Elvira Lacaci es urbana, cree en Dios y lo encuentra en la urbe. Concha Zardoya, también urbana, duda en Dios, y lo busca en la naturaleza extraurbana. La ciudad no ahoga su búsqueda del misterio. Porque Zardoya posee la lengua, a través de la cual puede expresar símbolos, una tierra desnuda para interpelar a ese Dios al que no llega. Curiosamente la creyente Lacaci no despoja la calle de su cotidianeidad. La agnóstica Zardoya, en cambio, prefiere moverse en el ámbito simbólico de la poesía mística. La lírica permite a las poetisas la interpelación a Dios, con independencia de que la religión retroceda en el espacio público de la sociedad en la que viven, y al margen del descenso de la práctica religiosa. En ambos casos el lenguaje poético se convierte en un espacio natural y apto para la relación con Dios, un coto más abierto a las tradiciones religiosas que ofrecen significado a la existencia humana.

Bibliografía

BARNÉS VÁZQUEZ, Antonio (2021). “¿Dónde está Dios? 30 poetas responden” en *La presencia del ausente. Dios en literatos contemporáneos,* Juan Agustín Mancebo Roca (coord.), Antonio Barnés Vázquez (coord.), Alicia Nila Martínez Díaz (coord.), Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, págs. 23-42.

BARNÉS VÁZQUEZ, Antonio (2021b). *¿Dónde está Dios? 40 poetas responden*, Madrid, Ideas y Libros.

CHAMPOURCIN, Ernestina de (1972). *Dios en la poesía actual. Selección de poemas españoles e hispanoamericanos.* Segunda edición revisada y aumentada, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

COX, Harvey (1968). *La ciudad secular.* Barcelona, Península.

KUIPERS, Ronald A. (2016). “Cross-Pressured Authenticity. Charles Taylor on the Contemporary Challenges to Religious Identity in A Secular Age”. *Symposium*. Volume 20, Issue 1, Spring, págs. 32-51.

LUIS, Leopoldo de (1969). *Poesía religiosa. Antología*, Madrid / Barcelona, Alfaguara.

PORRO HERRERA, María José. Voz: *María Elvira Lacaci* en Diccionario biográfico. Real Academia de la Historia, https://dbe.rah.es/biografias/11519/maria-elvira-lacaci

RODRÍGUEZ PEQUEÑO, Mercedes. Voz: *Concha Zardoya* en Diccionario biográfico. Real Academia de la Historia, https://dbe.rah.es/biografias/6545/maria-concepcion-zardoya-gonzalez

TAYLOR, Charles (2014-2015). *La era secular*. Barcelona, Gedisa.